

los de nuestra invasora vecina; sin embargo, graves razones aconsejaban la acción común, pues importaba defender si no nuestros intereses presentes, que eran modestos, nuestros intereses del porvenir. Nuestros misioneros habían sido insultados y uno de ellos asesinado, y entre las factorías incendiadas había varias francesas. Un pensamiento, que no convenía formular en alta voz, prevalecía sobre todos los demás: Inglaterra dominaba en Hong-Kong, en Cantón y en Shanghai, todo lo invadía y tenía en la población china puertos y clientes que sólo conocían á los cónsules, el pabellón y el idioma ingleses; asociarse á ella era, pues, no sólo ayudarla, sino también contenerla, obligarla á limitar sus beneficios ó por lo menos á repartirlos. Prevalcieron estas razones, y en 1857 las flotas de las dos potencias bombardearon Cantón y luego, después de nuevas negociaciones entabladas y rotas, dirigieron hacia el Norte, al golfo del Petchili, en donde desembocan las aguas del Pei-ho, río por su extensión secundario, pero importante por su situación, ya que por medio de un canal que lo prolonga y continúa sirve de vía de comunicación entre Pekín y el mar. Los aliados forzaron las grandes defensas construídas en la desembocadura del río y luego remontaron éste hasta Tien-tsin, situada á unas treinta y cinco leguas de la capital (1). Entonces los chinos, asustados, se decidieron á negociar, firmándose en 27 de junio de 1858 un tratado que determinaba las prerrogativas de los europeos, abría nuevos puertos al comercio, proclamaba nuevamente el libre ejercicio de la religión cristiana y estipulaba, finalmente, en provecho de los aliados una indemnización de guerra é importantes reparaciones.

Parecía, pues, restablecida la buena inteligencia y se creía, á pesar de las precedentes decepciones, que esta vez el acuerdo sería duradero; pero de la misma paz nació un nuevo y más grave conflicto, que fué la guerra de 1860.

II

Decía el tratado de 27 de junio de 1858 que las modificaciones se cambiarían en Pekín. Un año después, los ministros de Francia y de Inglaterra, el Sr. de Bourboulón y sir Bruce, salieron de Shanghai, á bordo del *Duchayla* y del *Magicienne* respectivamente, y llegaron el 20 de junio de 1859 á la desembocadura del Pei-ho. Proponíanse remontar el río hasta Tien-tsin en una embarcación ligera, el *Coromandel*, que habían conducido á remolque, y marchar desde allí á Pekín. El almirante inglés Hope, que les había precedido y desde hacía muchos días se encontraba en la costa con varios buques y cañoneros, hizo explorar el paso antes de que los embajadores europeos penetrasen en él, y pudo cerciorarse de que los chinos, desde el año anterior, habían aumentado considerablemente sus medios de defensa. Los fuertes que se alzaban en las bajas orillas parecían bien artillados y se comunicaban entre sí, y además el río estaba cerrado por tres diques sucesivos. El almirante envió á tierra á uno de sus oficiales acompañado de un intérprete para notificar la llegada de los aliados, provocar explicaciones, pedir la apertura del

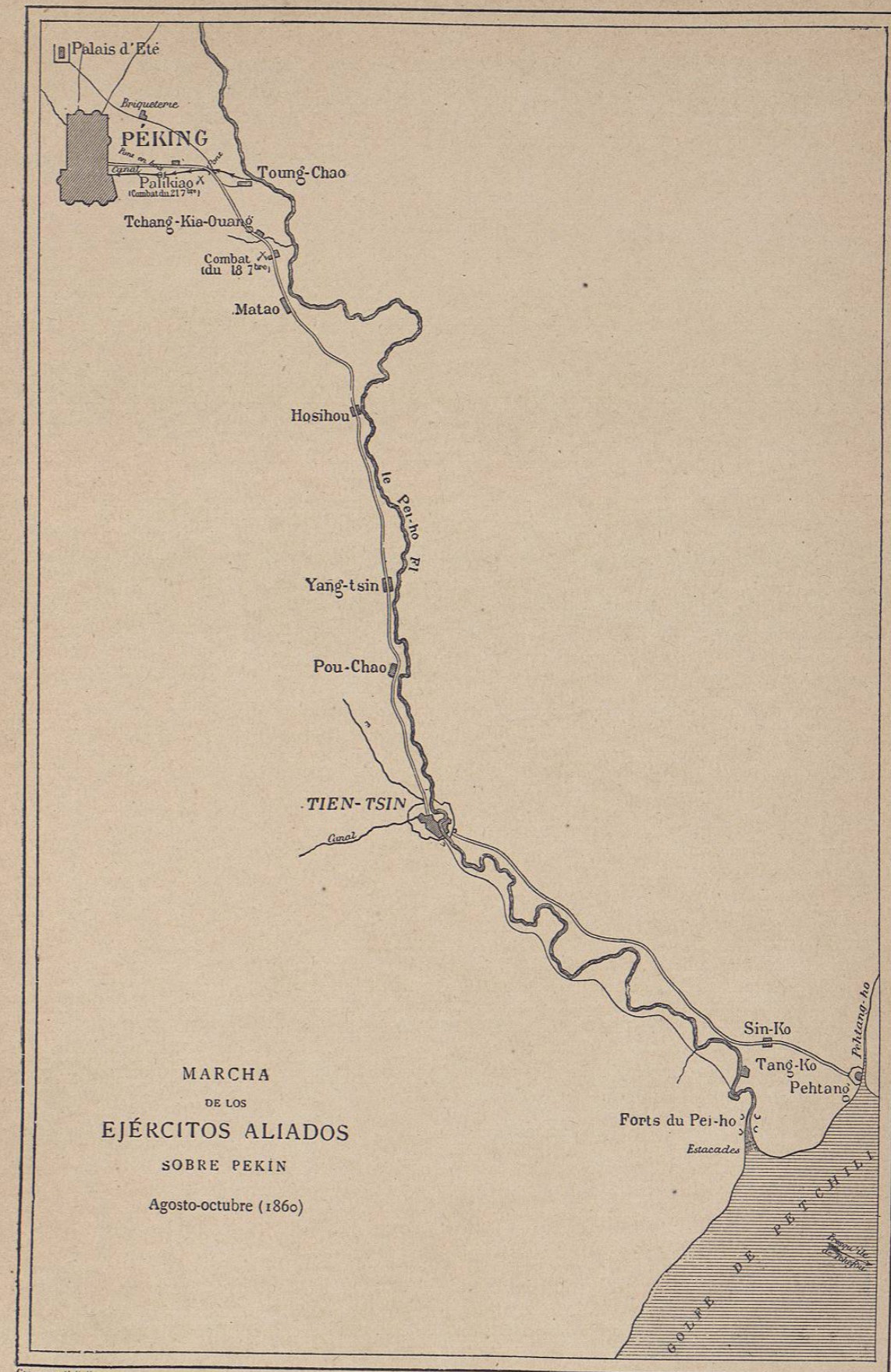
(1) Véase el mapa adjunto.

río y recordar, en una palabra, las estipulaciones de Tien-tsin, que parecían olvidadas. Los emisarios, al desembarcar, sólo encontraron á algunos aldeanos ó soldados de la milicia, quienes les explicaron que aquellas medidas de precaución habían sido tomadas contra los rebeldes que traían entonces perturbado al imperio, no contra los extranjeros. A todo esto, las autoridades chinas permanecían invisibles. Después de muchas gestiones, pudieron los enviados abocarse con un mandarín de orden secundario que sólo les contestó con evasivas, habló de plazos y fingió no comprenderles. Como tratándose de orientales nada hay peor que una retirada, después de una larga conferencia, resolvieron los aliados intimidar con un acto de energía á aquellos chinos misteriosos, silenciosamente escondidos en sus fuertes. Los días 23 y 24 de junio fueron dedicados á los preparativos de ataque, sin que se recibiera otra noticia de los funcionarios indígenas que un mensaje ambiguo que parecía indicar á los plenipotenciarios otro camino si querían llegar hasta Pekín. El 25 los cañoneros ingleses remontaron audazmente el río, y después de muchos esfuerzos destruyeron en parte el primer dique. Los fuertes permanecían mudos y las murallas desiertas; mas de pronto los chinos, con mayor destreza de la que hubiera podido esperarse de tan mezquinos adversarios, descubrieron sus baterías, y disparando á la vez desde los fuertes de ambas orillas, cubrieron con sus fuegos cruzados á los infelices cañoneros, resultando herido el almirante Hope y llenándose de cadáveres los puentes de las embarcaciones. Al anochecer, el comandante del *Duchayla*, Sr. Tricault, que había acudido por la mañana al sitio del combate con algunos marineros, intentó desembarcar y asaltar una de las fortificaciones; pero sus hombres fueron recibidos con nuevas descargas, se atascaron en los terrenos pantanosos y después de heroicos cuanto infructuosos esfuerzos hubieron de emprender la retirada y reembarcarse. No quedaba más remedio que volver á Shanghai, y esto después de sensibles pérdidas. En este combate quedaron 430 ingleses y 15 franceses fuera de combate (2).

El emperador recibió en septiembre la noticia del fracaso, encontrándose en Biarritz. El 24 del mismo mes Walewski escribió al Sr. de Bourboulón: «El gobierno del emperador ha resuelto infligir á los chinos el castigo exigido por la violación manifiesta de las reglas del derecho internacional. Nos ponemos de acuerdo con el gobierno de S. M. Británica para encontrarnos en condiciones de obrar á principios de la primavera próxima (3).» Si hubiese subsistido alguna duda, los despachos del ministro inglés, M. Bruce, traídos por los vapores correos siguientes, la hubieran disipado. El gobierno chino se negaba á toda excusa. En Pekín dominaba la corriente belicosa: era Sang-ko-lin-sin, jefe del partido de la guerra y el más experto de los generales de la China, el que había inspirado, dirigido quizá la

(2) Parte del Sr. de Bourboulón al ministro de Negocios extranjeros, 30 de junio de 1859 (*Documents diplomatiques*, 1860, págs. 223-227). - Parte de M. Bruce al conde de Malmesbury, 5 de julio de 1859 (*Correspondence with M. Bruce*, pág. 16). - (*Relación de la expedición de China* redactada en el depósito de la Guerra, págs. 9-11). - Véase también el *Monitor* del 15 de septiembre de 1859.

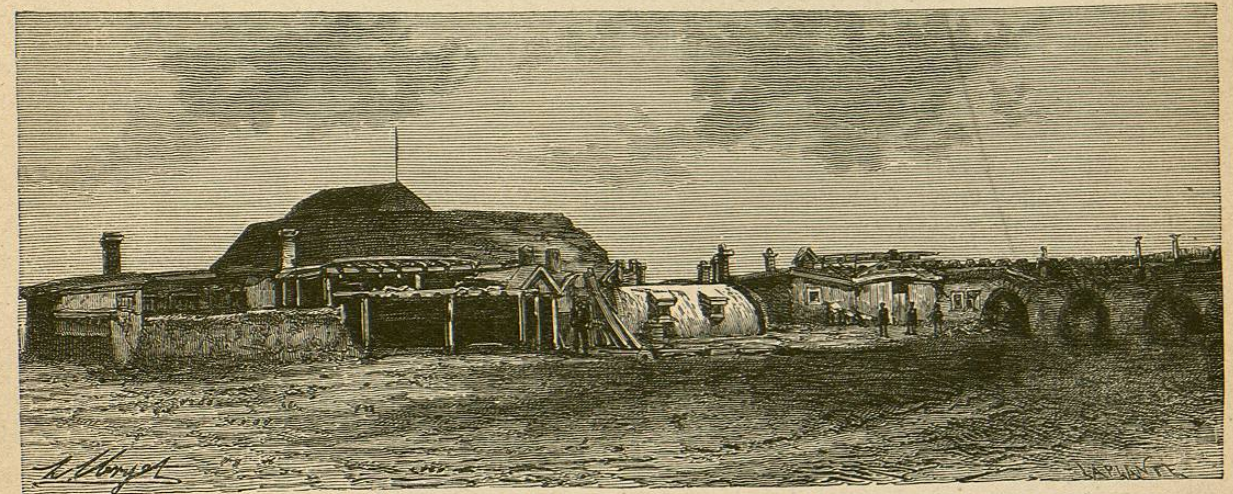
(3) *Documents diplomatiques*, año 1860, pág. 229. - Véase también *El Monitor* de 14 de septiembre de 1859.



resistencia. Un artículo de la *Gaceta de Pekín* proclamaba con altivez que los fuertes de Takú (1) habían sido armados en virtud de órdenes expresas del emperador. No se les negaba á los plenipotenciarios la entrada en la capital; pero no habían de pasar por la vía fluvial del Pei-ho, sino por la ruta terrestre y por Pehtang, pequeño caserío situado algunas leguas al Norte, en medio de los pantanos de la ribera. «No conozco Pehtang,» decía Bruce. Y, en efecto, no lo conocía sino por el ministro de los Estados Unidos, Sr. Ward, que acababa de consentir en tomar aquella ruta: así había llegado á Pekín, pero con un cortejo mezquino y en medio de toda clase de precauciones para marcar su rango subal-

una actividad muy juvenil y reveló sobre todo un conocimiento nada común de las necesidades de soldado. Municiones, víveres, efectos de campamento, servicio médico, instalación á bordo, higiene y hasta pasatiempos durante la larga travesía, todo fué previsto con la inteligente solicitud de un jefe atento á evitar las enfermedades, las privaciones y la nostalgia, á conservar la salud, la buena disposición de ánimo y el buen humor de sus tropas, á asegurarse, en una palabra, contra las influencias tan diversas que enervan á los ejércitos y los aniquilan aun antes del primer combate.

Mientras tanto, los ingleses reunían también sus fuerzas. Aunque sus efectivos habían de elevarse á más de



Fuerte de Takú (orilla izquierda)

terno. La verdad es que los chinos no querían recibir en su capital á los embajadores de Occidente sin haberlos despojado antes de su prestigio. La vía fluvial de Pei-ho era la puerta de honor: la vía de Pehtang era la puerta de servicio: de este modo los «bárbaros,» á quienes desgraciadamente no se podía excluir del todo, aparecerían á los pueblos de China, no como iguales que venían á ratificar un convenio de Estado á Estado, sino como vasallos que acudían á rendir homenaje al celeste emperador y á solicitar de él, como favor, alguna humillante concesión.

Habiéndose puesto de acuerdo los gobiernos de París y Londres, las dos potencias prepararon sus efectivos. Francia formó un cuerpo de unos ocho mil hombres escogidos, compuesto de dos regimientos de infantería de marina y un batallón de cazadores, amén de las tropas especiales, y dividido en dos brigadas, bajo las órdenes de los generales Jamin y Collineau (2). El mando en jefe fué confiado al general Cousin Montaubán, algo viejo para tan arriesgada campaña, sin contar con que había hecho su carrera en la caballería, lo cual no parecía indicarlo para una expedición allende los mares. Concentráronse desde luego en sus manos todos los poderes, no sólo los militares, sino que también los del orden naval y diplomático. El general Montaubán dispuso muy pronto los temores que su nombramiento había despertado; á pesar de su avanzada edad, desplegó

doce mil hombres, su tarea era más fácil que la nuestra, pues podían sacar de la colonia del Cabo ó del Indostán la mayor parte de sus batallones, y estos batallones se componían en gran parte de tropas indas, aclimatadas. Además, los numerosos establecimientos ingleses creados en las costas de China aseguraban á nuestros aliados una precisión de informes y una abundancia de recursos que en lo sucesivo habíamos de envidiarles. El mando en jefe fué confiado al teniente general Hope-Grant, encanecido en el servicio de las colonias. Pero en la dirección de la empresa la principal influencia la veremos ejercer por el embajador británico, lord Elgin, personaje altivo, aunque muy cortés, activo, tan absoluto como resuelto, personificación de todos los defectos y de todas las cualidades de sus compatriotas.

El cuerpo expedicionario francés fué embarcado en Tolón en el mes de diciembre y conducido á China por la larga ruta del cabo de Buena Esperanza, con escalas en Tenerife, el Cabo y Singapore. A fin de adelantarse á su pequeño ejército y dirigir personalmente las primeras medidas de instalación, el general Montaubán tomó con su estado mayor la vía, más corta, de Egipto y Suez. Partió de Marsella el 12 de enero de 1860 y llegó el 12 de marzo á Shanghai. Tres días antes de la llegada del general á esta población, el Sr. de Bourboulón, de acuerdo con sir Bruce, había enviado á la corte de Pekín un ultimátum cuya desestimación marcaría la ruptura de las hostilidades. Los representantes de las potencias aliadas exigían de China excusas formales por

(1) Así se llamaban los fuertes de la desembocadura del Pei-ho.
(2) Véase *Relación de la expedición de China* redactada en el depósito de la Guerra, págs. 16-18.